

# EL TRIUNFO DEL MIRIÑAQUE.



## DIALOGO

### ENTRE DOÑA ROSALIA Y SU HIJA DOLORES.

Rosalía.—Estás muy triste, Dolores  
¿Algun trabajo te pasa?  
¿Quieres que salga de casa,  
y te cojeré unas flores?  
Dolores.—Yo tengo mucha tristeza,  
tengo mucha desazon;  
y en esta misma sazón  
mucho dolor de cabeza.  
R.—Bien lo conozco y lo veo.  
Tú tienes algun pesar.  
¿Quieres que antes de almorzar  
nos salgamos á paseo?  
¿Quieres venir á la Seo?  
Muy tranquila allí estarás,  
allí tú meditarás;  
y si has de ser religiosa,

rezarás allí gustosa  
y el hábito tomarás.  
D.—No hable usted tanto, mamá,  
que me encuentre del cada,  
afligida, agobiada  
casi sin aliento ya.  
R.—¿Quieres que pronto llamemos  
á un médico inteligente,  
y muy detenidamente  
las dos con él consultemos?  
¿Quieres que muy presto estemos  
con el dotor Baltasar, (1)  
ó á nuestro amigo Gaspar  
y segun ellos opinen.

(1) Mistico



cuanto antes te medicinen,  
y así te puedas curar?

D.—Nada de eso, mamá mia.  
Ni Esculapio ni Galeno  
hallarán contraveneno  
para mí mal en el día.  
Aunque apliquen á porfia  
mil y mil medicamentos,  
en estos tristes momentos,  
apurando todo medio,  
no podrán hallar remedio,  
ni aunque vengan hoy doscientos.

Me encuentro tan abatida,  
cabizbaja y vacilante,  
que creo que en este instante  
acabaré con mi vida.

Yo me veo consumida,  
y casi también demente;  
por conocer tristemente  
que otras sin tener influjo,  
siendo pobres, tienen lujo,  
lujo, sí, diariamente.

R.—Muy confusa tú me dejas  
hoy con tu conversacion,  
cuando sin tener razon  
amargamente te quejas,  
muy bien lo sabe Callejas.  
Tú tienes treinta vestidos  
de valor y bien cumplidos;  
todos son de seda fina  
y según Pelayo opina,  
son de precios muy subidos.  
Tú tienes treinta mantillas,  
una buena, otra mejor.  
Tú tienes un tocador  
del gran artista Mantillas,  
tienes unas zapatillas.  
Tú estas como una marquesa,  
tú estás como una duquesa;  
á tí no te falta nada;  
y siendo en todo estimada  
vives como una princesa.

D.—¿Con que no me falta nada?  
Fuera de juicio tú estás;  
pues no me he visto jamás  
tan triste y desconsolada.  
Yo no estoy enamorada,  
aunque muchos novios tengo;  
con todos muy bien me avengo,  
y te juro por Daniel,  
que yo con un coronel

algun rato me entretengo.

Mas como los militares  
no tienen fijo el amor,  
cambian mucho de color  
y á veces á centenares.  
Y aunque son muy regulares  
en la generalidad,  
no se halla veracidad  
de estos en muy buena parte:  
y ruego á Dios que me aparte  
de su fe y sinceridad.

No es mi intencion vulnerar  
ni á los jefes ni al soldado,  
cuando papá es retirado,  
y antes un gran militar.  
Quiero, sí, manifestar,  
según la opinion de Leca,  
que como están hoy en Ceca,  
y á otro punto son llamados,  
ellos quedan olvidados  
de lo que tienen en Meca.

El coronel distinguido,  
de quien yo te hablo, mamá,  
á ser ascendido va  
por su valor conocido.  
El concepto ha merecido  
de ser en todo constante,  
pero, mamá, yo no obstante,  
no tengo con él franqueza,  
me manifiesta terneza;  
pero al fin es ambulante.

Me manifiesta amable,  
muy dulce, muy cariñoso,  
espresivo, bondadoso,  
cuanto es en sí, imaginable.  
Su clemencia es admirable,  
él es de buena estatura,  
él es de buena figura  
y á hacer un bien es afecto,  
pero tiene tal defecto  
que todo le desfigura.

R.—¿Qué defecto le domina?  
¿es él tal vez un beodo?  
Creo que no, por el modo  
con que todo lo examina.

D.—Nada de eso, es muy cabal,  
atento, muy generoso;  
pero soltero, es celoso;  
muy celoso sin igual.  
Y en esto no estriba el mal,  
sino que dice: «Querida,

en belleza distinguida,  
 por tí todo sufriré:  
 yo por tí padeceré,  
 por tí perderé la vida.  
 R.—Pues segun lo que yo escucho.  
 sin duda él te quiere mucho.  
 D.—Mamá mia, no lo creas,  
 que yo tampoco lo creo,  
 nunca tan crédula seas,  
 que es muy falso su deseo.  
 Y para tu conviccion  
 sabe que á este militar  
 mucho rato le ví hablar  
 con la linda Concepcion.  
 Yo me alegro, ella es preciosa,  
 mas lo que á mi me ha indignado  
 el verle ayer en el Prado  
 con una gran licenciada.  
 Era mujer horrorosa,  
 macilenta, desfachada;  
 segun ví, era descarada,  
 sin pundonor atrevida,  
 de no pocos muy seguida  
 y de muchos muy burlada.  
 Por esta causa detesto  
 á los hombres, mas quisiera  
 que yo de tí consiguiera  
 una fácil gracia presto.  
 R.—No puedes dudar jamás  
 (te lo juro por el Miño)  
 que te tengo gran cariño  
 de que convencida estás.  
 Yo te quiero con esceso,  
 un beso  
 Te adoro con mil amores,  
 Dolores.  
 ¿Dudas de esto todavía?  
 mia.  
 Si tengo en tí simpatía,  
 como bien lo sabe Pame,  
 cariñosamente dame  
 un beso, Dolores mia.  
 D.—Pues bien, siendo esto así  
 una gracia alcanzar quiero:  
 si me la niegas, me muero,  
 y la culpa estará en tí.  
 ¡Desventurada de mí!  
 yo fallaré mi sentencia,  
 y sin ficcion ni apariencia  
 con valor, con brazo fuerte,  
 pronto me dará la muerte

sin tener de mí clemencia,  
 R.—¿Pero qué quieres? Responde,  
 esto á tí te corresponde,  
 D.—Lo que quiero es miriñaque  
 de una clase superior.  
 ¿Pues qué he de ser inferior  
 á la hija de Badulaque?  
 Esta hortelana en Jadraque  
 cuenta con sesenta y uno.  
 ¡y yo sin tener ninguno!...  
 Yo carezco de este gusto.  
 ¡Ay Dios mio! ¡qué disgusto!  
 Consuelo pido á San Bruno.  
 R.—¿Ese es tu mal, tu dolencia?  
 ¿Ese es tu mal, picarona?  
 ¿No sabes que hoy en Pamplona  
 han silbado á la Inocencia?  
 No hay miriñaque, paciencia.  
 Cuanto gustes pedirás,  
 y de mí lo alcanzarás;  
 pero mas tú de ese traje  
 nunca, ni en ningun paraje,  
 de mí lo conseguirás.  
 D.—Pero mamá, casi todas,  
 aun las mozas de servicio,  
 aunque hagan un sacrificio  
 siguen la costumbre y modas.  
 Ayer hubo cinco bodas  
 en el pueblo de Vallecas.  
 Las novias iban muy huecas  
 y yo me desesperé;  
 y entonces no me maté  
 porque me detuvo Cecas.  
 Muchas de las saguntinas  
 perecieron en el fuego,  
 y siguieron desde luego  
 su ejemplo las numantinas.  
 R.—¿Y esto, dí, qué significa?  
 Tus pensamientos esplica.  
 D.—Significa que yo haré  
 con mí misma un atentado,  
 pues si mi empeño es frustrado  
 á las llamas me echaré.  
 Soy hija, yo te respeto,  
 porque esta es mi obligacion:  
 mas mamá, pon atencion  
 á mi causa sin pretesto.  
 ¿Qué dirán de mí con esto?  
 ¿de miriñaque no usais?  
 Y de critica sereis,  
 y dirán sois cicatera,

cuando á mí, siendo soltera,  
no me quieres contentar.

R. — No pienses nunca en tal cosa,  
porque esto á mi me sofoca:  
tú quieres volverme loca  
de una manera pasmosa.  
¡y Virgen santa amorosa!  
¿Qué se diría de tí,  
qué se diría de mí,  
si tal traje te pusieras  
y á la calle tú salieras?  
Burlas tendrías así.  
A mi opinion se resiste  
este traje indecoroso,  
este traje pernicioso.  
Recuerda lo que ayer viste...  
Por lo tanto, hija del alma,  
deja ya tu pensamiento,  
que así yo tendré contento,  
y regocijo en el alma.

D. — Siempre te he sido obediente;  
mas en esto no obedezco:  
sin miriñaque carezco  
de placer enteramente.  
No seas impertinente,  
porque aunque llegue á pedir  
limosna, yo he de vestir  
este traje delicioso:  
este traje venturoso;  
no puedo sin él vivir.

R. — ¿Con que tu genio se aferra?  
¿Con que disgustar me quieres?  
¡Maldita, bribona, perra!

D. — Aunque perra tú me llames,  
descarada, maula astuta,  
insolente, disoluta,  
y siempre contra mí ciamas,  
todo lo toleraré;  
y aunque me mires con ceño  
he de seguir con mi empeño  
y miriñaque me haré.  
Yo tengo el genio muy fuerte,

y si esto yo no consigo,  
mamá mía, te lo digo,  
que voy á darme la muerte.  
Hoy debes ya convencerte  
de mi decision que es tal,  
que en este caso fatal,  
si no me hago miriñaques  
acompañada de jaques,  
voy á tirarme al canal.

R. — Nada de eso, Dolorcitas,  
que al fin te complace ó,  
á los comercios iré  
en volviendo las visitas.  
Tus amigas e quisitas...  
amigas de lealtad...

con toda tenacidad  
sobre esto me resfriaron.  
Aun hay mas, me acalararon,  
mas yo haré tu voluntad.

D. — Solo tengo esta ambicion:  
mi dicha solo esto labra;  
si me cumples la palabra  
no quiero otro galardón.  
Ya me encuentro sosegada,  
sin fatiga y muy serena,  
ya me encuentro sin la pena,  
con que estaba atormentada.  
Sin mentiras, sin engaño  
te doy gracias cordialmente  
y pido al Omnipotente  
que te guarde muchos años.  
Libre, si, de los engaños  
que suceden con frecuencia,  
te dé en obrar la prudencia,  
y como brillante sol  
difunda en todo español  
los rayos de su clemencia.

Triunfó la niña en su empeño  
por ser moda y conveniente:  
•No oponerse á la corriente  
cuando el remedio es pequeño.

MADRID: Despacho: Sucesores de Hernando. Arenal.